

“Yo conozco á los hombres, decía Napoleón, y digo que Jesucristo no es un hombre.”

Muchos hombres de elevado ingenio, de brillante posición, después de muchos años de indiferencia, de olvido y quizá de rebelión, han dicho antes de descender al sepulcro, estas palabras del Apóstol: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.*

En los tiempos presentes, uno de los sabios más ilustres, el príncipe de los fisiologistas, ocupada en investigaciones científicas su laboriosa vida, no tiene tiempo para pensar en Cristo: Claudio Bernard torna sus ojos, en su último momento, al Redentor de la humanidad, y muere en los brazos del Dios de su madre.

Pero en el mundo cristiano hay un grupo de escogidas inteligencias que forman lo que pudiéramos llamar la Iglesia docente.

Nadie se atrevería á sostener que no es una sociedad inteligente esa Iglesia que enseña.

Las obras de esos maestros y los nombres venerandos de esos Doctores, cuya alma fué visitada por la iluminación del genio, han entrado profundamente en la memoria de los siglos para que puedan ser olvidados.

San Ireneo, San Justino, Tertuliano, Orígenes,

San Atanasio, San Cirilo, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Basilio, San Gregorio, San León, San Hilario, San Juan Crisóstomo, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Bossuet, Fénelon, Balmes, el P. Monsabré, el Cardenal González y tantos otros cuyos nombres guarda con caracteres de luz la historia de la Iglesia, son nobles inteligencias, al servicio siempre de la afirmación cristiana.

Esos hombres admirables, no se han limitado á proclamar que el fundador del cristianismo era un hombre, al mismo tiempo que era Dios.

Consagrados á la enseñanza de esa verdad, que es el punto central del cristianismo, la han estudiado en su fuente, en sus motivos, en su objeto.

“Hánse remontado al curso de los siglos, han interrogado á las Iglesias, han escudriñado los textos, han verificado las fechas, han confrontado los monumentos, han aquilatado los signos divinos, han discutido las pruebas, han entrado en los misterios del Hombre-Dios, no para sorprender el impenetrable secreto de su persona—dice el P. Monsabré—sino para alejar las falsas suposiciones que amenguan ó turban su maravillosa economía.”

Todos ellos han creído en la divinidad de Cristo; pero han creído después de que el estudio y la meditación han convencido á sus entendimientos y les han inspirado la convicción de que deben creer.

Para todos ellos ha sido una regla el pensamiento que Santo Tomás consignó en esta frase concisa como todas las suyas. *non crederet, nisi videret esse credendum.*

Y esa parte escogida de la Iglesia, esa parte en la que irradia la luz de la inteligencia, no ha obtenido la convicción más profunda en la divinidad de Cristo, por las fuerzas solas de su inteligencia.

Humildes, como lo son los sabios verdaderos, los Doctores católicos, han pedido en fervorosa plegaria al sol de la verdad, un suplemento de luces, y cuando las fuerzas de la naturaleza y de la gracia, se han fundido en sus almas, es cuando de su corazón convencido ha brotado con voz firme esta palabra: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Los demoleedores de ideas, los enemigos del Hombre Dios, jamás han pensado en pedir al cielo la luz para encontrar la verdad.

A las negaciones de estos hombres, que se fian únicamente en las fuerzas de su alma, deben pre-

ferirse, sin duda, las afirmaciones de los sabios que oran.

Orando, dan una prueba de la honradez con que obran.

La honradez es la segunda cualidad de la afirmación cristiana.

“La honradez, dice el P. Monsabré, es un conjunto de virtudes que se une á la inteligencia para dar mayor autoridad al testimonio, alejando de los espíritus la natural desconfianza que inspira una vida en la que la inmoralidad ha tomado asiento.”

“Es también la honradez, agrega el sabio dominico, esa lealtad particular y seductora que consiste en poner de acuerdo las costumbres y la creencia é imponer á la vida las consecuencias de lo que se afirma.”

Y en el mundo cristiano, no obstante las sombras y las manchas que suelen advertirse, como en toda obra humana, pero que la misma Iglesia cura y en su caso condena, la honradez, bajo sus dos aspectos, ha llegado hasta la perfección más sublime.

Los santos de la Iglesia, los hombres que han llevado la perfección de la virtud hasta su último

término, esos hombres que son en realidad la naturaleza humana transfigurada hasta el límite que se acerca á lo divino, han afirmado que el autor del mundo cristiano era un hombre y al mismo tiempo era un Dios.

La vida de esos hombres admirables, es la consecuencia práctica de su afirmación. No han sido como aquellos que predicán la libertad para asegurar mejor el despotismo; el desinterés, para acaparar en su provecho los honores y los empleos lucrativos; la legalidad, para burlarse del derecho; la ciencia para extinguir la llama de las augustas verdades de que viven los pueblos.

La afirmación honrada, hace descender los principios hasta las íntimas profundidades de la vida práctica.

Y esto han hecho los sabios del mundo cristiano.

Han sido humildes, pobres, castos, obedientes, generosos, sufridos, magnánimos, porque el hombre Dios dejó los esplendores del cielo para humillarse, porque se desprendió de las comodidades de la vida y nació pobre, porque bendijo siempre á los corazones puros, porque siempre obedeció la voluntad de su Padre, porque derramaba siempre

sobre las muchedumbres el tesoro de su misericordia, porque quiso pasar por el oprobio y por los dolores, porque perdonó á sus verdugos, porque vivió y murió para la gloria de su Padre y la salud de las almas.

Así es que, en el mundo cristiano, con las palabras y con las acciones, se afirma el dogma del Hombre Dios.

La inteligencia y la honradez son dos preciosas cualidades, como antes hemos dicho, indispensables para que una afirmación pueda ser respetada.

El hombre no va más lejos: el mundo cristiano avanza, sin embargo.

Su afirmación respecto al dogma del Hombre Dios, tiene otras dos cualidades: es generosa y es heroica.

El mundo cristiano ó los cristianos que viven en el mundo, convencidos de que poseen una verdad gloriosa para Dios y saludable para los hombres, sienten el deseo vivo de extenderla para contentar su amor.

El bien, ha dicho Santo Tomás, es por su naturaleza difusivo, y los hombres del mundo cristiano han difundido por todas partes la creencia de la divinidad de Cristo.

Los cristianos, ardiendo siempre en deseos de extender el reino de Cristo, se lanzan á predicarlo por todas partes, desafiando todos los peligros: los peligros del mar y de los ríos, los peligros de los ladrones y de los gentiles, como decía el Apóstol San Pablo.

Han desafiado los peligros de la familia, que muchas veces, fundida en lágrimas, quiere detener su vuelo: han desafiado el peligro en la ciudad, en donde tienen que ocultar su presencia, ocultarse como unos conspiradores para no caer en manos de una justicia ante la cual, el carácter de sacerdote ó de misionero, es uno de los más grandes crímenes, y han desafiado los peligros de los falsos hermanos, los peligros de la soledad.

Nada los ha detenido.

Y esto no es raro en el mundo cristiano. Año por año salen de los centros civilizados del cristianismo, esos hombres admirables que llamamos misioneros, que van á llevar á los países bárbaros la verdad y la luz.

No se detiene aquí el cristianismo: afirma el dogma del Hombre Dios, no solamente desafiando los peligros, sino también á la muerte con todos sus horrores. Más de once millones de mártires, ancia-

nos, mujeres, niños, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, no han vacilado jamás: han preferido la muerte á negar el dogma central del cristianismo.

En presencia de los tiranos han confesado hasta el último suspiro la divinidad del Hombre adorado, cuyo nombre llevan.

Soy cristiano—han dicho—es decir, Cristo es mi Dios.

Y cuando su voz moribunda no podía ya hacerse escuchar, por medio de sus llagas, por cada gota de sangre que corría de sus cuerpos despedazados, exclamaban: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Una afirmación universal, perpetua, inteligente, honrada, generosa y heroica, es una afirmación que tiene que imponerse necesariamente á la inteligencia del hombre.

Si el dogma del Hombre Dios no fuese más que la falsa interpretación de un hecho abstracto, no habría indudablemente enraizado más y más cada día en la creencia del género humano y habría desaparecido al violento empuje de los huracanes que han soplado sobre él, durante diez y nueve siglos.

Jamás podría suponerse que los recursos de la ciencia en todos los siglos, sólo habrían servido para sostener una torpeza.

Hombres admirables por sus virtudes, jamás podrían haber hecho de una mentira el principio de sus virtudes.

Si la afirmación del Hombre Dios no fuera una verdad, el apostolado y el martirio no serían más que un crimen perpetuo, ó una perpetua locura.

Una afirmación con los caracteres que tiene la afirmación cristiana, es para un espíritu recto una prueba irresistible de la verdad de esa afirmación.

Este dilema se impone á la razón: ó lo que el mundo cristiano afirma de Cristo es verdadero, ó Dios nos engaña y se engaña al permitir, contra el interés de su gloria, la más triunfante de las sediciones.

Las generaciones todas, los siglos, los hombres más ilustres, los que ciñen la aureola luminosa de la santidad, los peregrinos que recorren el mundo como los pájaros del cielo predicando la buena nueva, los mártires con sus cuerpos desgarrados, todos enseñan con sus palabras y con sus obras: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

La verdad del dogma del Hombre Dios, no puede, seriamente, discutirse.

EL EVANGELIO Y LA CRITICA.

El mundo cristiano afirma que su autor ha sido un hombre, que era al mismo tiempo un Dios.

Este hombre es Cristo. Cristo apareció en la plenitud de los tiempos, y su divinidad proclamada en el mundo cristiano está bien definida en el libro precioso que guarda la historia de su vida y de su muerte, de sus enseñanzas y sus prodigios.

Este libro es el Evangelio.

Su lectura proporciona las pruebas más evidentes de la divinidad de su persona augusta que, anunciada en el mundo antiguo, realizó en el nuevo la obra más prodigiosa que ha podido aparecer en el mundo.

Los enemigos del cristianismo, para deshacerse de esas pruebas que el Evangelio ministra, no han vacilado en atacarlo.

No es absolutamente preciso contar con el Evangelio, para establecer la divinidad de Cristo, co-

mo lo indicamos en uno de nuestros precedentes artículos.

El mundo cristiano afirma esa verdad y los caracteres de esa afirmación son de tal manera excelsos y únicos, que bastan para que la inteligencia humana se rinda convencida ante esa verdad consoladora.

Pero debemos buscar el testimonio del Evangelio y poner de manifiesto que los ataques que á él dirige la moderna crítica son verdaderamente frívolos.

La crítica racionalista aplicada á los libros santos descansa en la negación de lo sobrenatural.

La divinidad, dice ella, no ejerce sobre la naturaleza creada ninguna acción inmediata; no obra sino mediante las fuerzas que rigen el mundo de la materia y de la inteligencia.

Dando Dios el ser á sus criaturas, ha establecido entre ellas relaciones inmutables; y todos los fenómenos que se realizan en el Universo no son más que un desenvolvimiento necesario de las fuerzas que el Creador les imprimiera en su origen.

La crítica materialista va más lejos todavía: para ella no existe un Dios personal, la materia

es eterna é increada, dotada de un poder de evolución en virtud del cual todo lo que pasa en el mundo se produce necesaria y fatalmente.

Según ese principio, que la incredulidad afirma sin demostrarlo, la tendencia de la crítica racionalista es apartar del dominio de la historia lo que en las relaciones bíblicas supone una intervención inmediata de la divinidad ó de algún ser superior al hombre, extraño á este mundo sensible.

Donde más se ha encarnizado la obra destructora de la crítica moderna es en los Evangelios.

Los precursores del racionalismo, los deístas, los filósofos del XVIII, arrastrados por un odio ciego é irreflexivo, no se habían dado la pena de presentar sus ataques con una apariencia científica.

Para ellos, los evangelistas son impostores, cuyas afirmaciones no merecen crédito: Jesucristo mismo no es más que un charlatán hábil que logró engañar á una multitud ignorante y crédula.

En Alemania la guerra empeñada contra los Evangelios, se abrió del mismo modo por un desbordamiento de iguales blasfemias.

Estas impiedades produjeron inmenso escándalo y causaron en las almas estragos tristísimos.

Sin embargo la acusación de impostura lanzada al rostro de Jesús y de sus apóstoles era demasiado grosera y estaba en abierta oposición con la fisonomía de los Evangelios, para que ella pudiese ser aceptada por hombres que pretenden seguir en todo la luz de la razón.

Juan Jacobo Rousseau, no obstante su incredulidad y su odio á la religión, no pudo menos de protestar contra el procedimiento de sus amigos.

“Os confieso, escribía, que la majestad de las escrituras me asombra, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Mirad los libros de los filósofos con toda su pompa, qué pequeños son junto al Evangelio.

Un libro á la vez tan útil y tan sencillo, ¿podrá ser obra de los hombres.....? ¿Diremos que la historia del Evangelio es una invención?

Amigo mío, no es así como se inventa y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo.

En el fondo, esto es alejar la dificultad sin destruirla, sería más inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubiesen fabricado este libro que

el que uno solo hubiese falseado ese asunto. Jamás los autores judíos habrían encontrado este tono ni esta moral.

Y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan perfectamente notables, que su autor habría sido más admirable que el héroe.”

La crítica racionalista entró en una vía nueva; quiso admitir la buena fe de los evangelistas y la probidad de Cristo y pretendió llegar, por procedimientos racionales, á la eliminación de lo sobrenatural.

Para explicar los hechos evangélicos, se inventó por el padre del racionalismo el sistema que llamó “sistema de la acomodación.”

Los judíos, en medio de los cuales vivió y obró Jesucristo, atribuían, ignorantes de las leyes que rigen los fenómenos naturales, á una acción prodigiosa de la divinidad, todos los hechos cuya causa ignoraban.

Jesucristo, por su parte, acomodaba su modo de obrar y de hablar á opiniones erróneas de sus conciudadanos, cuyo espíritu no estaba maduro para una enseñanza más conforme á la verdad.

Cuando Jesucristo, por ejemplo, ordenaba á los demonios que abandonasen los cuerpos de los pre-

tendidos posesos, se acomodaba á la preocupación popular que atribuía á una posesión diabólica la enfermedad de los locos, furiosos ó epilépticos.

En realidad, Jesucristo curaba estas enfermedades por procedimientos que en modo alguno excedían de las fuerzas naturales. De igual manera, los judíos, á la vista de las curaciones extraordinarias obradas por Jesucristo, se persuadieron de que este taumaturgo era el Mesías prometido á su nación, y Jesucristo consentía en que se le llamara y se llamaba hijo de Dios, haciendo todo lo que podía para confirmar al pueblo en esta fe candorosa.

¿Quién no ve que esta teoría es injuriosa á la persona sagrada del Salvador?

El que se llama la verdad, el que ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad y para iluminar á los que están sentados en las tinieblas, ¿habría pasado su vida, como afirma el filósofo alemán, haciéndose aclamar como un taumaturgo y haciéndose adorar como un Dios, sabiendo que no era ni una ni otra cosa?

Todo espíritu recto debe censurar semejante conducta, como un ultraje sangriento á la majestad divina.

Por otra parte, es evidente que ese sistema de la *acomodación*, aun cuando fuese compatible con la veracidad de Cristo, es incapaz de explicar las circunstancias milagrosas de otros hechos que se refieren en el Evangelio.

El sistema de *acomodación* no pudo, por consiguiente, alcanzar éxito, sino de duración muy corta.

Cedió el lugar al sistema del naturalismo aplicado ya á los hechos milagrosos del Testamento Antiguo, y un profesor de la Escuela de Heidelberg, Paulus, fué quien lo extendió al Testamento Nuevo. Los hechos referidos en los Evangelios, según ese Doctor, no deben ser desechados como absolutamente falsos; pero sí debe despojárseles de los adornos extraños con que los revistieron el genio poético y religioso de los orientales.

En el lenguaje de este pueblo sencillo, amigo de imágenes y amigo de lo maravilloso, Dios es quien envía la lluvia y el rocío, quien hace escuchar su voz por el trueno y tiene un ejército de espíritus celestes que producen, bajo sus órdenes, los fenómenos extraordinarios.

Para determinar exactamente la realidad objetiva de los hechos evangélicos, será, pues, necesario,

según ese sistema, sustituir á estas causas sobrenaturales, las causas físicas proporcionadas á los efectos y suplir las circunstancias omitidas por el narrador, pero necesarias á la producción de los fenómenos en el orden puramente natural.

Así, cuando el Evangelio dice que Jesucristo marchó sobre el mar, es necesario suplir estas palabras: *sobre el borde* del mar.

Este sistema naturalista fué repudiado por los hombres serios como pueril, arbitrario en su aplicación y destructor de toda verdad histórica.

Los más rudos golpes le fueron dados por Straus, quien refutó el sistema y lo sustituyó por otro que llamó "sistema *mitico*," para explicar por medio de él lo sobrenatural del Evangelio.

El mito es, según los racionalistas, la exposición de un hecho ó de un pensamiento, bajo una forma histórica determinada por el genio y el lenguaje simbólico de la antigüedad.

Hay mitos históricos llamados leyendas, es decir, relatos de acontecimientos reales, matizados por la opinión antigua, que mezcla lo divino con lo humano, lo natural con lo sobrenatural.

Hay también mitos filosóficos, ó sean relatos

en que van envueltos un simple pensamiento, una especulación ó una idea contemporánea.

Estas leyendas, como lo indica su misma definición, tienen que formarse poco á poco, de una manera, cuyo rastro no puede encontrarse, que han tomado consistencia y que llegaron por fin á consignarse en los Evangelios.

Según esta descripción, fácilmente se advierte que no hay lugar para el mito en nuestros Evangelios, porque estos libros fueron escritos por contemporáneos, testigos oculares de los acontecimientos que refieren, ó discípulos inmediatos de estos testigos, y además estos libros se publicaron en lugares en que era fácil á los lectores asegurarse de su verdad.

Esta observación no escapó á los doctores que sostenían el mito y entonces su sistema los arrastró á negar la autenticidad de los tres evangelios sinópticos y aun el evangelio de San Juan.

El racionalismo francés no es más que una segunda edición del materialismo alemán.

Renan, en su "Vida de Jesús," no hace más que una mezcla informe de todos los sistemas racionalistas que brotaron en Alemania.

Para hacer la refutación de estas teorías racio-

nalistas, haremos un breve estudio sobre la autenticidad del Evangelio, su conservación íntegra y su veracidad.

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el lenguaje jurídico, se llama auténtico todo escrito ó documento que tiene eficacia completa para probar en juicio un hecho.

Así, cuando quiere justificarse, por ejemplo, que ha existido un contrato de préstamo, este hecho quedará plenamente justificado, si se presenta una escritura pública otorgada ante un Notario y con todas las condiciones que la ley requiere.

Y esa escritura prueba plenamente, porque un hombre revestido de pública fe, testifica, que ante él declaró una persona haber recibido de otra, en calidad de préstamo, una suma de dinero.

Es decir, el documento prueba plenamente, porque el testimonio del Notario hace conocer de un modo indudable la confesión del deudor, el hecho de que ha brotado de sus labios la afirmación de haber recibido de otro una suma.

En sentido análogo, se dice que un libro es auténtico cuando merece plena fe, por ser verdaderamente obra del autor cuyo nombre lleva al frente, ó del tiempo y país á que se le atribuye cuando es anónimo.

Es decir, un libro es auténtico por ser genuino y por ser veraz en lo que refiere, y por conservarse íntegro ó no adulterado ni corrompido en cosa sustancial desde que fué escrito, hasta la fecha en que pasa por nuestra vista.

Así, pues, en el concepto de autenticidad entran estos tres elementos: genuinidad, veracidad, integridad substancial.

Los Evangelios son genuinos, son obra de los autores á quienes se atribuyen: esta es la primera condición que exige la autenticidad de un libro.

Véamos si hay pruebas eficaces para demostrar que los Evangelios, que la Iglesia católica ha considerado siempre como su tesoro más precioso, como el punto central de su historia religiosa, como la flor divina en que se concentra la savia tradicional de las Santas Escrituras, son de los autores á quienes se atribuyen.

Es decir, véamos si los Evangelios son hijos